

## PROBLEMAS FILOSOFICOS

*Manual de la filosofía del sér, y Catecismo de la Religión natural*, por F. Herrenschnider. Traducido al castellano, adicionado con notas y con un breve vocabulario, por I. P. Bogotá, 1878.

Ha llegado el momento de que los hombres interesados en que se afiancen las ideas sanas, y se contenga la irrupción de las disolventes y perniciosas; las personas de autorizada posición, y las que ejercen influencia intelectual, fijen la atención en cierto género de publicaciones que de algún tiempo a esta parte corren con profusión, extraviando las ideas, en manos de la juventud. No se hacen entre nosotros estudios sólidos de filosofía, y natural es, y muy de temer, que obras de poco fondo, con el brillo de aparentes novedades, y con los artificios del sofisma, seduzcan los ánimos incautos.

Sobre uno de estos libros, cuyo título consignamos al comienzo de estas líneas, vamos a hacer hoy algunas observaciones. Menos por confianza en nuestras débiles fuerzas, que por la persuasión que nos asiste de la falsedad y peligrosas tendencias de las teorías extravagantes de Herrenschnider, haremos, en modesto ensayo, la crítica de su *Manual de filosofía*, ciñéndonos sólo a dos puntos capitales, DIOS Y EL ALMA HUMANA, considerados en terreno filosófico y científico.

Esta limitación requiere una explicación preliminar.

Ciencia, Filosofía y Religión (o para hablar con más propiedad, Teología) tienen demarcadas sus respectivas esferas. Mas entre cuestiones científicas, filosóficas y religiosas (teológicas) no admitimos la distinción completa y sin restricción que algunos entre ellas establecen, con ánimo de divorciarlas en absoluto.

El campo de la Ciencia es ilimitado: abraza cuantas verdades alcanza a descubrir la inteligencia en sus progresivas investigaciones. Hay, por tanto, ciencia en la

Teología, como la hay en la Filosofía. Todas ellas viven de la verdad, y en la verdad se hermanan. Wiseman escribió una obra precisamente para demostrar las relaciones entre la Ciencia y la Revelación. Sólo el error es anticientífico.

La Filosofía, por su parte, abrazó también al principio todos los ramos del saber humano (Matemáticas y ciencias Físicas y Naturales), incluyendo aquellos que hoy restrictamente llamamos Ciencia. Hoy se apellidan en especial Filosofía los estudios relativos a la naturaleza, origen y destino del alma humana, y a sus medios de conocer la verdad.

El doctor Newman distingue la Teología de la Ciencia, enlazándolas por la Filosofía. «Teología es la filosofía del mundo sobrenatural; Ciencia, la filosofía del mundo natural». Dominan distintos campos; por lo cual no debe temerse la colisión que resulta de usurpaciones recíprocas; mas si median entre ellas, en el seno de la Verdad, relaciones armoniosas, así como en el mundo físico, los cuerpos celestes, moviéndose en sus órbitas respectivas sin perturbarse unos a otros, poseen fuerzas que misteriosamente parecen refundirse en la unidad.

### I

### Dios

El *Manual* (páginas 1, 2, 4) nos dice que hasta hoy ha sido imposible sacar provecho alguno para el género humano de los adelantos de la Filosofía, porque sus propagadores no han tomado por base el conocimiento exacto del sér; y por esta razón se propone fundar su sistema estableciendo dicho conocimiento por primera vez, según da a entender. Prescindiendo de examinar la una afirmación, como lanzada en agravio de todas las escuelas y sistemas filosóficos, nos limitaremos a discutir con los datos de la nueva teoría la materia del presente artículo.

Si en algún sentido puede ser verdadera la fórmula de que «el conocimiento del sér es la clave de la filosofía», es sin duda en cuanto el conocimiento de Dios, fuente de toda verdad, y razón suprema de cuanto existe, es el principio fundamental de la sabiduría. Conocer a Dios hasta donde lo permite la limitación de nuestra inteligencia, nutrirnos con las verdades que se haya dignado revelarnos, para amarle y servirle en esta vida, sostenidos con la esperanza de poseerle en la venidera, es en realidad el fin racional y único del hombre, meta de sus aspiraciones y término a que deben dirigirse todos sus actos.

¿Quiérese una piedra de toque que sirva para apreciar el valor de una filosofía cualquiera? Pues examínese lo que nos enseñe con respecto a Dios, porque la verdad suprema inunda siempre con sus resplandores el entendimiento de quien, con amor y buena fe, trata de hallarla y anhela por comprenderla. Toda filosofía falsa tiene de Dios una idea contradictoria, insostenible ante la sana razón; idea que la lógica inflexible ha de llevar de absurdo en absurdo hasta la negación del mismo sér que ella ostensiblemente reconoce. O es Dios la perfección infinita, el bien absoluto, el sér; o es la infinita contradicción, el mal absoluto, la nada. En vano se pondrán términos medios: todos ellos se reducen inmediatamente a la negación, por más que pretendía disfrazarse con vanas palabras, cuya falacia no resistirá a los golpes de la crítica.

*Conoce a Dios* sería hoy expresión más genuina de la verdadera sabiduría que el *Nosce te ipsum* del antiguo filósofo, porque el conocimiento de su Criador lleva la inteligencia por caminos de humildad a su propio conocimiento, mientras que empezando por sí misma, fácil, muy fácil es caer, enferma de soberbia, en brazos del error.

Poco adelanta Herrenschnider, estableciendo una fór-

mula que le conduce al extremo de aplicar a Dios condiciones que harían de un hombre, o cualquiera criatura imperfecta, un sér malo. Para demostrar nuestro aserto tomaremos de la misma obra los conceptos siguientes:

«Los elementos constitutivos de Dios son sustancia y fuerza» (página 35).

«Sustancia es todo lo que ocupa espacio y es impenetrable» (página 103).

«Fuerza es el principio, la causa de la actividad y del movimiento en todo sér» (página 100).

«El espacio, que es infinito, es la forma de la sustancia de Dios» (página 35) «entendiendo por *forma* únicamente la capacidad para la sustancia» (página 30).

«El espacio ha existido siempre, porque siempre ha existido la sustancia de Dios para ocuparlo» (página 91).

«El espacio existe con lugares vacíos». (id. id).

«Los espacios vacíos han sido engendrados por el acto creador de la fuerza de Dios» (id. id).

«Dios es espacio, sustancia y fuerza sin límites» (id).

Analícemos:

Si nos atenemos al sentido de la última proposición de las citadas, tendremos que Dios es el mismo espacio ilimitado; pero como antes se había establecido entre Dios y el espacio la diferencia de contenido a continente, resulta el absurdo de que Dios es a un mismo tiempo idéntico al espacio y distinto del espacio.

Si el espacio es la *forma* de Dios y forma es capacidad, es claro que todo el espacio debe estar ocupado con la sustancia de Dios, supuesto que es infinita, lo mismo que aquél. Al propio tiempo, sin embargo, se afirma que hay lugares vacíos, y que la sustancia divina no puede estar en los mismos lugares ocupados por los cuerpos; de donde resulta que Dios llena el espacio todo, al par que deja sin ocupar grandes porciones de espacio.

De lo que antecede resulta también un Dios a un tiempo finito e infinito. En efecto: después de afirmar Herrenschnider que es lo último («sustancia infinita y extensa»), sostiene que hay lugares vacíos, y no advierte que éstos no pueden existir sino limitando la extensión que supone a Dios, y haciéndolo por consiguiente finito.

Otra contradicción que igualmente salta a la vista: el espacio ha existido siempre, y tiene no obstante partes creadas por Dios; es, pues, al mismo tiempo una cosa creada e increada. Por otra parte, si desde el principio fue infinito, ¿cómo pudieron agregársele lugares vacíos? Y si no era infinito, ¿cómo lo hicieron infinito estos lugares engendrados después?

A la página 36 se dice que la inmensidad del espacio es la extensión de Dios, y más adelante se establece que los seres creados tienen un lugar en esta inmensidad. Mas como no se concibe la extensión de un sér allí donde no existe la sustancia del mismo sér, aparecen aquellas proposiciones en contradicción con la definición de sustancia, y nos es forzoso deducir que, en concepto del autor, Dios es el vacío.

Mucho sorprende que en un tratado de filosofía se gradúen de elementos constitutivos de un sér las que son meras propiedades, sosteniéndose, por ejemplo, que Dios está compuesto de sustancia y fuerza, o sea de sustancia y causa, como que, según el mismo autor, fuerza vale causa. No atinamos cómo habría de verificarse tal combinación de elementos: ingenuamente no entendemos semejante metafísica. En nuestro concepto el «sér» y el «modo de ser» no son elementos de composición, ni pueden considerarse tales sin atropellar las más triviales nociones de Filosofía. Ya tuvimos ocasión de exponer este punto cuando tratamos de la doctrina contraria, examinando las «Investigaciones científicas» que publicó en esta ciudad el señor Indalecio Liévano.

El *Manual* hace de Dios un sér material: explícita-

mente sostiene que sustancia y materia son uno mismo (página 101), llama Dios «sustancia etérea» (página 90), y enseña que el Universo fue formado por una «especie de *amputación voluntaria*», que de su propio sér se hizo el Creador.

Lo expuesto basta a evidenciar que metafísicamente el Dios que imagine el autor del *Manual*, es un ente imposible y absurdo. Si a esto se agregan la negación de la Providencia (páginas 23 y 37) y otras especies análogas que lo hacen moralmente contradictorio, se reconocerá que de lleno queda justificado nuestro juicio. Un sér indolente, ocioso e inútil que puede sin inconveniente ser suprimido después de la creación, ya que sólo sirve a explicar, y explicar mal, la existencia del Universo, es una concepción monstruosa que no cabe en cabeza sana.

No, no es así, de contradicción en contradicción y de absurdo en absurdo, como se eleva la Filosofía al conocimiento del Sér Supremo. Muy otro es el método que con encadenamiento riguroso de razonamientos y de una verdad en otra, guía y levanta el alma a la contemplación de los más inefables atributos de la Divinidad. Ni son pocos los genios que en todos tiempos se lanzaron por tan sublime senda y con triunfal ejemplo nos animan a seguirlos.

¿Qué causas habrán movido al autor del *Manual* a sentar en la teodicea de su obra, tan patentes contradicciones?

Nacen éstas, a nuestro ver:

- 1.º De negar sistemáticamente la Revelación;
- 2.º De negar la eternidad de las penas en la vida futura;
- 3.º De suponer extensión en Dios.

No pretendemos aquí estudiar los dos primeros errores, asunto particular en que la Apologética cristiana, con abundancia de razones, ha alcanzado brillantes triun-

fos en el terreno mismo de la Filosofía. En cualquier tiempo la negación de la verdad revelada hace retroceder la inteligencia a los siglos de barbarie, cuando entregada a sus propias fuerzas la Filosofía no pudo resistir la invasión del error en la ciencia trascendental. Hoy menos que nunca es dable cerrar los ojos a la luz para intrincarnos voluntariamente en las tinieblas. La negación de las penas y recompensas conduce lógicamente a despojar a Dios de su Providencia. No lo excusa el *Manual*, y pasa de ahí a una inadmisibile hipótesis, suponiendo que el mal es elemento necesario de progreso (página 23). Esta hipótesis declara implícitamente a la Sabiduría infinita impotente a establecer, en el orden de la perfección, nada que no esté viciado con el contacto impuro del Mal.

En la ocasión ya citada, tratando de la tercera hipótesis—un Dios extenso—y de los errores que envuelve, argüimos que, aun dado que falten razones positivas para explicar los fenómenos de la extensión y los misterios del espacio, es siempre inadmisibile un Dios extenso, por las contradicciones que esta hipótesis entraña, al paso que de ellas carece la hipótesis o creencia contraria.

Aún no ha podido la ciencia humana levantar el velo sobre la naturaleza de la extensión y del espacio. Por lo tanto reproduciremos en los mismos términos el argumento que antes aducíamos.

Para demostrar el carácter contradictorio de la teoría que combatimos, sigámosla en el encadenamiento lógico de sus partes.

Si Dios es extenso, su extensión será infinita, porque ponerle límite material es absurdo. Lo que llamamos espacio será, de consiguiente, la extensión misma de Dios, y todo el espacio estará ocupado por la sustancia del mismo Dios. No habrá espacios vacíos, porque, habiéndolos, o Dios sería el vacío, o no ocuparía todo el espacio; hipótesis ambas contradictorias y ab-

surdas dentro de aquella que analizamos. Y como el Universo existe también en el espacio, hay que suponer o que el Universo es parte de la misma sustancia de Dios, o que la sustancia divina es penetrable. Lo primero es absurdo reconocido; lo segundo lo es también, porque dos distintos elementos extensos no pueden coexistir ocupando exactamente un mismo lugar en el espacio. De manera que, o desaloja el mundo a Dios para ocupar su puesto, o Dios es inextenso: el desalojamiento implica limitación; la no extensión destruye la hipótesis primitiva.

Por otra parte, ni la unidad de la inteligencia divina, ni su omnipresencia, se avienen con la multiplicidad de la extensión o su divisibilidad esencial. Una inteligencia extensa es inconcebible: la inteligencia no admite partes distintas, como son las de la extensión. Quien trate de eludir el lance, diciendo que la inteligencia es la fuerza o atributo que requiere la sustancia para existir, confundirá las ideas, sin resolver la dificultad. Ciertamente es que la existencia de una sustancia envuelve la de sus atributos esenciales, de donde, recíprocamente podemos llegar, por éstos, al conocimiento de aquélla. Mas de aquí no se sigue que la inteligencia sea simplemente fuerza y atributo esencial de la sustancia. Por consiguiente, no puede existir sino donde no sea contradictoria con algún otro atributo, como nos parece que sucede con las sustancias extensas.

Para explicar mejor nuestro argumento observaremos que al suponer una extensión inteligente, es preciso aceptar una de las dos hipótesis siguientes: o en cada elemento de la extensión hay también un elemento de la inteligencia; o ésta, para un acto cualquiera de los que ejercita, puede concentrarse en un solo punto del espacio. Lo primero implicaría que la inteligencia se compone como se combina una fuerza con otras menores, lo cual es contradictorio con las nociones que nos

suministra el conocimiento de nuestro propio sér. Lo segundo separa completamente los dos atributos y hace ver que no sólo no se necesita de la extensión para explicar los fenómenos de la inteligencia, sino que de ella debe prescindirse completamente. De aquí fácilmente se concluye que extensión e inteligencia no se hermanan en una misma sustancia.

Enseña la teología católica que Dios es inmenso, entendiéndose por inmensidad la presencia de Dios en todas partes. Mas esta presencia no es una material ocupación de espacio, de lo cual pudiera seguirse que no existe sino el orden físico, y nada más allá de lo que alcanzan los sentidos. Inmensidad y extensión son en su esencia atributos contradictorios: un sér *extenso* jamás podrá ser *inmenso*, aun cuando se le atribuya extensión sin límites. Esta enemistad aparentemente paradójica entre aquellos dos atributos, es fácil de demostrar. No le basta al sér omnipresente asistir parcialmente en cada punto del espacio: ha de ser completa y absoluta, no local, su presencia en todas partes. Así, no goza de omnipresencia el éter, aun cuando llene todos los rincones del Universo. En el aspecto material, y en cuanto ocupan espacio, los seres corpóreos están tanto menos en un lugar cuanto más extensos son. La presencia de un infusorio es posible allí donde no lo sería concebir la de un elefante. Luego si Dios fuera, como lo pretende la filosofía del *Manual*, materia infinita, sustancia extensa e impenetrable, sería Dios también, de todos los seres posibles, el menos capaz de estar presente en todos y cada uno de los lugares del Universo. Así pues, o se admite que Dios es sustancia inextensa, y su presencia real en todo el mundo no está sujeta a las leyes de la materia, por ser operativa, como la del alma humana en todas las partes de nuestro cuerpo, si bien en modo infinitamente más perfecto; o Dios con extensión superior a la de todo el Universo, no está

realmente, por imposibilidad física, en lugar alguno. ¿Habrá sér racional que opte por este extremo de la disyuntiva?

De las definiciones del *Manual* resultaría que, si Dios no fuera extenso, no sería sustancia (página 103). Mas esta consecuencia no infirma nuestra argumentación, y prueba solamente que las premisas son definiciones caprichosas, insostenibles.

Razones semejantes a las expuestas militan para negar que la eternidad, en cuanto es atributo de Dios, sea lo mismo que tiempo infinito. Entre aquélla y éste media contradicción, de tal suerte que no pueden coexistir en una misma sustancia. La eternidad es la existencia misma de Dios, como sér absolutamente necesario e inmutable, sin principio ni fin. El tiempo es la existencia contingente y variable de las criaturas, con principio necesario y fin posible; la sucesión o el orden de los actos. Dios no necesita del tiempo; sin tiempo la criatura no existiría. El tiempo arranca del instante de la creación.

No confundamos lo que metafísicamente se llama eternidad, que no tiene existencia sino en Dios, con lo indefinido del tiempo, que llamamos *inmortalidad*. Quien tuvo poder para criarnos, evidente es que lo tiene para destruirnos en cualquier momento. Esa inmortalidad en una vida futura nos está garantizada por la Revelación, y sólo por la Revelación. Los que niegan la verdad revelada, ciegan en su propio origen la fuente misma de nuestras más hermosas esperanzas.

Si el tiempo fuera atributo de Dios, la existencia divina habría sido una serie de instantes, que se han sucedido unos a otros, y con tal concatenación, que cada uno de ellos existió entre uno anterior y uno subsiguiente. Cada acto de nuestra vida material coincidirá con algunos de esos instantes, y el tiempo que le precedió habremos de suponerlo finito o infinito. ¿Finito? Resul-

taría el absurdo de un Dios que tuvo principio. ¿Infinito? Tendríamos la existencia de un número real infinito de instantes, que debiendo contener en sí todos los posibles, por ser infinito, crece sin embargo día por día. Un infinito así, susceptible de aumento, repugna a la razón. Absurdos ambos extremos del dilema, fuerza es rechazar la hipótesis primitiva. No cabe razonablemente asimilar el tiempo a la eternidad de Dios.

La eternidad y el tiempo son las síntesis de las existencias del Creador y de las criaturas. La eternidad es para Dios sin principio y sin fin; el tiempo es para nosotros, siempre finito, por más que sucedan los siglos millones a millares, y siempre indefinido, por la bondad infinita de Aquel que quiso darnos en dote la inmortalidad.

RUPERTO FERREIRA

